

Un hombre de temple por REED HOWES



BIBLIOTECA TREBGL

N.º 55

Publicación semanal PRECIO 25 CÉNTS.

BIBLIOTECA TRÉBOL

Un hombre de temple

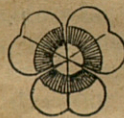
Versión literaria de la película del mismo
título, interpretada por el famoso artista

REED HOWES

por

MANUEL NIETO GALÁN

Exclusiva : PROCINE, S. A.
Consejo Ciento, 332 - Barcelona



REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
PARÍS, 204 - BARCELONA

Un hombre de temple

REED HOWES

MANUEL NIETO GARCIA

Exclusiva: PROCIPE, S. A.
Calle Gaudí, 333 - Barcelona



:: TIPOGRAFÍA LA ACADEMICA ::
HEREDEROS DE SERRA Y RUSSELL
CALLE ENRIQUE GRANADOS, 112
:: TELÉFONO 104 : BARCELONA ::

UN HOMBRE DE TEMPLE

I

Es patrimonio americano el formar grandiosos « Trusts » a fin de acaparar bajo una sola dirección, la generalidad de una industria. Así, al reducir a lo mínimo los gastos generales y los de organización, además de suprimir la competencia, se logran pingües beneficios hasta en industrias triviales.

Cimentado en estas razones, se estableció, en una gran ciudad americana un importante « Trust » denominado « La United Cab. Co. », « Trust » de taxis, que puso en juego todas sus influencias a fin de aniquilar a los pocos taxis independientes que se dedicaban al alquiler. Estos, por su parte, se congregaron en Sociedad de resistencia y una lucha airada comenzó entre los dos bandos.

Era presidente de « La United Cab. Co. », Carlos Graham, un hombre impulsivo y enérgico, acostumbrado a satisfacer todos sus deseos, menos el de ver trabajar a su

único hijo, Gordon, un joven educado a la moderna, que llevaba en la sangre la tenaz energía de su padre y algo de ese socialismo de orden que es la característica de nuestros días.

Entre los chófers independientes se encontraba Joe Burrows, el cual, por reveses de fortuna, pasó de propietario de coches a conductor, y no sabía, ni quería doblegarse a las exigencias del «Trust».

Como todas las mañanas, salió Joe con su coche para situarse en su puesto de parada y la casualidad quiso que se encontrara con uno de los coches del «Trust», cuyo conductor, no viendo en Joe más que a un rival, acercó al de éste su coche y de un golpe le rompió el parabrisa.

El cristal se hizo añicos y algunos de sus trozos se incrustaron en un ojo del conductor, que quedó medio ciego por el dolor.

En otro coche del «Trust» y hacia la misma dirección iba también Gordon Graham, que presencié aquel acto de salvajismo y gritó indignado :

— ¡Bárbaros! Así no se ganan partidarios. ¡Corre en auxilio del herido!

Cuando llegaron al del coche que guiaba Burrows, el joven Graham, de un salto, que demostraba su extraordinaria agilidad, pasó al automóvil del herido, a quien condujo a la casa de socorro más próxima.

Mientras el doctor de guardia curaba a



¡Acabo de presenciar un acto de salvajismo!

Joe, Gordon, indignado por lo que había visto, fué en busca de su padre para protestar de aquel atropello y de otros parecidos, que a diario relataban los periódicos.

El padre de Gordon era un hombre avezado a luchar en su juventud y se hallaba en su elemento con las rivalidades nacidas al calor del «Trust», y por eso no le dió importancia al hecho, cuando su hijo se lo refirió diciéndole :

— ¡Hola, papá! ¡Acabo de presenciar un acto de salvajismo! Y todo por la competencia que con el «Trust» has establecido

en el servicio de taxis. ¡Esto hay que acabarlo de una vez!

— Yo te prometo que voy a acabarlo, arruinando a esos mequetrefes independientes — contestó su padre.

— No es ninguna razón la fuerza en que te amparas, papá. También esos «mequetrefes» tienen derecho a la vida.

— Que se unan con nosotros si quieren vivir. Entonces a un precio único haremos un negocio redondo.

— Tú, papá, no piensas más que en el negocio en dólares... Ellos cifran su independencia en defender su libre derecho al trabajo. ¡Tienen razón en querer trabajar sin tutela ni egoísmos!

— Pero, ¿tú puedes hablar de trabajos y de derechos? — repuso exaltado el señor Graham, al ver la forma como se expresaba su hijo. — ¿Por ventura has trabajado alguna vez en tu vida?

— Tienes razón — contestó avergonzado el joven, que sintió en aquel momento toda la humillación de su vida inútil. — Nunca trabajé, puesto que siempre me has rodeado de lujo y bienestar, pero esta afrenta que me haces ahora me dice muy claro cuál es mi deber. ¡Trabajaré, padre mío, para ganarme la vida!

Impulsivo como el autor de sus días, Gordon, bajo la penosa impresión de la discusión habida, hizo firme propósito de cambiar

el rumbo de su vida, y sin atender al llamamiento de su padre volvió a la casa de socorro para informarse del estado del herido.

— No es nada de cuidado — le dijo éste. — ¡Lo malo es que no podré guiar, y si no hay carreras, imposible es que gane mi sustento!

— No se preocupe. Yo guiaré el coche y usted a mi lado me indicará los trayectos para cumplir con los clientes. Mi nombre es Henderson.

Y convertidos en dos buenos camaradas, empezaron desde aquel momento a realizar el plan propuesto por Gordon.

* * *

En el despacho del abogado James Blaine se hallaban hablando en aquel momento éste y Carmelita Gerahty. Carmelita era una preciosa flor de 18 años, que unía a su belleza y simpatía unos cuantos millones de dólares y un buen número de acciones de la «United Cab. Co.», y que esperaba su mayoría de edad para entrar en posesión de aquella herencia. Recién llegada de Europa se había enterado de la encarnizada lucha que sostenían la «United Cab. Co.» y los Independientes, e impulsada por sus buenos sentimientos resolvió ponerse al lado de los débiles.

En vano su abogado y tutor trataba de

disuadirla de sus propósitos, y ante la tenacidad de la joven le entregó la carta de recomendación que le había pedido a la vez que le decía :

— Está bien, señorita. No puedo oponerme a sus deseos, pero creo que su noble conducta poco puede hacer en esta contienda.

La carta que Blaine le entregó a Carmelita decía :

« Mr. Stanton Stelle.

Director de Independent Taxi Co.

Sirvan estas líneas de presentación a la señorita Luisa Bronson, que creo es apta para el cargo de telefonista que usted tiene en suplencia.

Su amigo atento y servidor,

JAMES BLAINE. »

— La presento con el nombre de Luisa Bronson. Así nadie sospechará de su identidad — aclaró el abogado.

— Gracias, señor James, pero pronto van a terminar sus molestias — contestó la joven, levantándose y disponiéndose a salir. — Cuando llegue mi mayoría de edad, entonces quedará relevado del cargo de tutor.

Una vez en la puerta de la calle esperó Carmelita que pasara un taxi para dirigirse al « garage » de la « Independent Cab. Co. », y Gordon, que casualmente tenía su parada allí, le dijo a su amigo, al verla :

— ¡Mire, un cliente, si no me engaño!

No desperdiciemos la ocasión de demostrar cómo sirve la « Independent Cab. Co. » ¡Pero qué « tontería » de mujer que es!

Al llegar a ella, bajó Gordon del pescante y le preguntó, comiéndosela con los ojos :

— ¿Dónde debo conducirla, señorita?

— Al « garage » central de la « Independent Cab. Co. »

No pasó tampoco inadvertida para Carmelita la franca simpatía que se reflejaba en el rostro de aquel chófer, que en las escasas palabras que habían cruzado demostraba poseer una esmeradísima educación y, sin que ella pudiera impedirlo, sus ojos no podían apartarse, durante todo el trayecto, de la arrogante y varonil figura del conductor.

Este, por su parte, tampoco cesaba de mirarla por el espejito colocado delante de él, para ver la trasera del coche, y en más de una ocasión su compañero tuvo que agarrarse al volante para impedir que un pobre viandante pagase con su vida el discreto flirt que con las miradas traían entablado los dos jóvenes.

Ya cerca del « garage », Gordon le dijo a su compañero :

— Prestamos un servicio, vamos al « garage » y conducimos a... un ángel. ¡No comienzo con mala estrella mi nueva existencia!

II

En el «garage» central de la Independent, prestaba sus servicios un muchachote de unos doce años, huérfano de padres y listo como una ardilla, llamado Slat. Sólo tenía un defecto : la afición desmedida a las aventuras detectivescas.

Todo el dinero que caía en sus manos lo invertía en libros de esta índole de aventuras, e incluso llegó a comprarse unas barbas y bigote para entrar en acción tan pronto como se le presentara la ocasión.

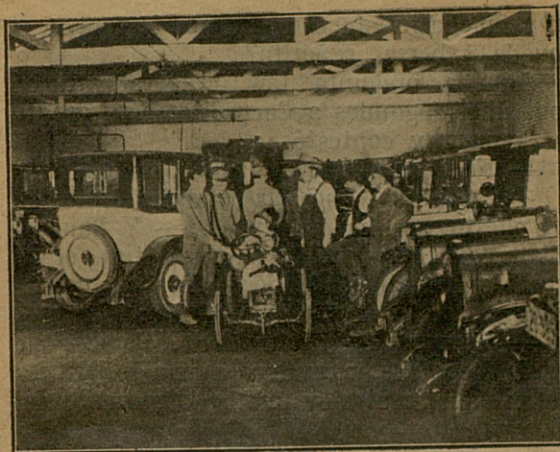
Al llegar al «garage» Joe Burrows y su acompañante, los demás compañeros le preguntaron al verlo vendado :

— ¿Qué ha sido eso, Burrows?

— Nada, afortunadamente. Uno de los del «Trust» que me rompió el parabrisa. De momento tendré que abandonar el volante por unos días.

— ¡Son unos desalmados! — exclamó indignado Slat. — ¡Yo prometo pegarles una que se acordarán de mí!

Mientras tanto, Carmelita había entrado



En el «garage» central de la Independent prestaba sus servicios un muchachote de unos 12 años...

al despacho de Mr. Stanton y le entregó la carta de su tutor, recomendándola.

Stanton Stelle era un sujeto ambicioso, que, a pesar de ocupar un puesto principal en la «Independent Cab. Co.», estaba de acuerdo con Graham para que éste lograra sus propósitos. Jugaba, como vulgarmente se dice, con dos barajas, sin que nadie todavía hubiera descubierto la trampa.

Después de leer la carta del abogado le dijo a la joven :

— Veo que mi amigo Blaine la recomienda

con mucha insistencia. ¿De qué le conoce, si puede saberse, señorita?

Aquella pregunta tan inesperada turbó por unos segundos a Carmelita, pero pronto se repuso y contestó :

— Fué un íntimo amigo de mi padre.

— Está bien. Ahora la conducirán a usted al puesto que ha de ocupar. — Y llamó a Slat, que, sorprendido en su lectura, entró como una centella, dándose de cabeza contra Stelle, que le regañó diciéndole :

— Siempre tan atolondrado. Parece que estás loco. Ves y conduce a esta señorita a la pequeña central y que se haga cargo del servicio.

Sin dirigirle una palabra siquiera, y mirándola como si presintiese en ella a una futura enemiga, el muchacho la condujo al sitio que le habían indicado y le dijo al empleado que suplía el puesto de telefonista :

— Dice el señor Stelle que entregue el servicio a la señorita, que viene a relevarle.

— Gracias, amigo — le dijo la joven, cuando se hizo cargo del aparato. — Creo que seremos buenos amigos, ¿no es eso?

Tampoco esta vez le contestó, y mientras Carmelita se reía de la adustez del muchacho, éste volvió al «garage» donde Joe seguía comentando el suceso diciendo :

— No son los hombres del «Trust» los que sostienen esta titánica lucha. Su alma es Graham.

Si venciéramos la obstinación de ese hombre, lo demás sería pan comido.

— Estoy segurísimo que quebrantaremos ese carácter indómito — repuso convencido Gordon.

Y aquella noche, la primera de su vida que pernoctaba fuera de su casa, su padre trataba de consolar a su esposa diciéndole :

— Te suplico que no te atormentes pensando en tu hijo. Quiere demostrarme que sabe trabajar dignamente, y estoy seguro que cumplirá como bueno. Para que cuente con algo, le he transferido dos acciones del «Trust».

— Tal vez tengas razón, pero yo estaría más tranquila si supiera su paradero — repuso la madre, sin poderse avenir a los razonamientos de su marido.

* * *

A la mañana siguiente, Slat, imbuída su imaginación por las novelas detectivescas, encontró la ocasión de poner en práctica los conocimientos adquiridos con su lectura.

Provisto de sus barbas y bigote se encaminó al «garage» central del «Trust» y simulando que leía un periódico iba pinchando los neumáticos de los coches que había parados.

— ¡Fijate! — exclamó uno de los chófers que estaban a la puerta. — Otro reventón.

Si cojo al desvergonzado que pincha nuestros neumáticos, voy a agujerearle la piel.

En aquel instante Slats repetía su operación y fué descubierto, por lo que tuvo que fiar a la agilidad de sus piernas la seguridad de su pellejo.

Así y todo, pronto fué alcanzado por los hombres del «Trust», que hubieran dado buena cuenta de él si no se hubiese presentado Gordon, que casualmente pasaba con su coche y lo vió.

De un puñetazo libró al muchacho de las garras del que lo tenía, a la vez que le decía :

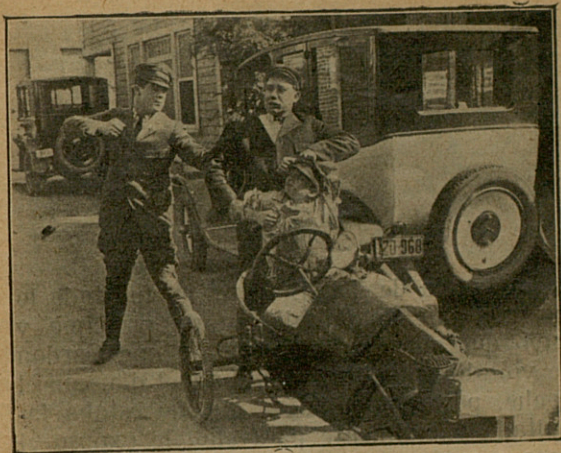
— ¡Corre al coche y procura no perderme de vista!

A pesar de que eran cuatro contra uno, los puños de Gordon merecían tal respeto que ninguno se atrevió a lanzarse a la pelea.

Paso a paso fué separándose de ellos Graham, y cuando lo creyó oportuno trató de escaparse. Entonces sus contrarios, creyendo llegado el momento, echaron a correr detrás de él. Todo inútil. Gordon saltaba de un lado para otro con sorprendente agilidad y lo mismo escalaba una pared que se arrojaba de un tejado a otro ante el asombro de sus adversarios, que no comprendían como un hombre pudiera saltar de aquel modo.

Por fin consiguió despistar a sus perseguidores y saltar sobre su coche.

La admiración del pequeño no tenía límites y cuando le vió a su lado le dijo :



De un tremendo puñetazo libró al muchacho

— ¡Suerte de usted, amigo! Si me cogen me linchan. Y oiga, señor Ardilla, ¿dónde aprendió a trepar con tanta soltura?

— ¡Hay que andarse listo, amiguito, en estos casos! — repuso riendo Gordon. Entonces Slats, dándosele de hombre, le tendió la mano ofreciéndosele :

— ¡Nada, desde ahora, cuente conmigo a vida o muerte!



III

La herida de Joe Burrows no fué todo lo benigna que aparentaba en un principio y tuvo que guardar cama, por lo que Gordon se vió obligado a salir solo, aquel día, con el coche, pero como quiera que no estaba facultado oficialmente para ello, le expuso el caso a varios compañeros del «garage» que le dijeron :

— Informe usted de lo sucedido al señor Stelle. El está al frente de nuestra organización.

Cuando se dirigía al despacho de éste, pasó por la pequeña central, donde estaba Carmelita y al verla se acercó a ella, agradablemente sorprendido para preguntarle :

— ¿Podría usted indicarme el despacho del señor Stelle?

La joven, algo emocionada en un principio por tan agradable encuentro, le indicó dónde estaba Stelle, que en aquel momento hablaba por teléfono con Graham que le decía :

— Stelle, en cuanto tenga un momento



Vendré más tarde querida...

libre, quiero hablar a solas con usted. Mis chófers me dicen que ha admitido a un tal Henderson, que es capaz de dar guerra a todos juntos.

En este momento fué cuando hizo su aparición Gordon y Stelle al verlo le preguntó :

— ¿Qué se le ofrece?

— Ayer hirieron a Burrows. Fuí yo quien suplí su coche y si usted no tiene inconveniente, voy a guiarlo mientras dure su lesión.

— ¿Sabe usted el riesgo que corre? ¡Van a herirle también!

— ¡Voy a correr la suerte! Pero no creo que me cojan fácilmente. Además estoy convencido que la razón asiste a los Independientes, y...

— Acuérdesse, Henderson, que su misión es guiar el coche y no discutir mi gestión ni mis órdenes — terminó diciendo Stelle.

Loco de contento, por quedarse cerca de la mujer que tan vivamente había interesado su corazón, corrió Gordon hacia donde estaba ella y le dijo :

— Quedo de chófer permanente. Stelle me ha admitido.

— Lo celebro muchísimo — repuso la joven, sin poder ocultar su alegría. — Ya es casualidad que el mismo día hayamos entrado a formar parte del personal de la casa.

Entonces Gordon comprendió que ya era hora de avisar a su madre donde estaba para calmar un tanto su intranquilidad y después de solicitar de Carmelita el permiso para hablar por teléfono le rogó que lo pusiera en comunicación con el número 7,963 Sudoeste.

Establecida ésta, el muchacho continuó hablando cuando su madre se puso en el aparato.

— No... Vendré más tarde, querida... Cuando él no esté en casa quiero hablar a solas contigo.

La joven vió truncadas sus ilusiones. ¿A quién podía hablar con tanto cariño sino a su novia?

* * *

Algunas horas después, en el despacho de Graham hablaba éste con Stelle, que había acudido al llamamiento y le decía :

— Su campaña de terror ha fracasado, señor Graham. En el «garage» se ofrecen nuevos chófers a diario.

— Probaremos otro medio — repuso Graham. — He ideado otro sistema, puesto en práctica con éxito en una huelga habida en San Francisco y que consiste en lanzarse contra los coches contrarios. Este — y señaló para un chófer de los del «Trust» — pilotará el coche más resistente que haya en nuestros «garages» y como sea aplastará y echará a perder a cuantos taxis vuestros encuentre.

— El primero que debéis anular es a Henderson — contestó Stelle. — Con su entereza anima a los demás.

El mismo indicó, al chófer elegido por Graham, el lugar donde tenía la parada Hen-

derson y no tardó aquél en encontrarlo y echarle el coche encima. Pero Gordon estaba prevenido al ver venir un coche del « Trust » y de un rápido viraje hizo fracasar el intento del malintencionado chófer.

A partir de aquel momento se entabló entre los dos una lucha originalísima y emocionante. Uno a otro se atacaban con sus coches respectivos, pero Gordon, más diestro en el manejo del volante, esquivaba los golpes de su contrario, mientras que él aprovechaba el menor descuido para arremeter contra el de su adversario.

A los pocos minutos de la lucha Gordon había conseguido inutilizar el coche del « Trust » sin que el suyo sufriera nada más que un pequeño desperfecto sin importancia.

Antes que él llegara al « garage » su proeza era ya conocida por todos, que le abrazaban y le admiraban como a un héroe.

— Si todos demostráramos serenidad en esta lucha y supiéramos ser tenaces, venceríamos, no lo duden.

— Oiga, Henderson — exclamó Stelle, que había oído la conversación. — Menos discursos y más atención al coche que se le ha confiado.

— No creo, señor Stelle, que merezca esta reprimenda — intervino uno de los compañeros. — Si todos obráramos como él, otro gallo le cantara a los señores del « Trust ».

Claro está que el más contento de todos



¡Slats! ¡Debo marcharme!

era Slats y no podía pasar sin hacer su comentario como hombre que por « experiencia » conoce el corazón humano, y al fin dijo :

— ¡Lástima de chico! ¡Las faldas serán su perdición!



IV

Allí pasó el tiempo hasta que llegó el cumpleaños de Carmelita, triste aquel día con la desilusión de un amor no correspondido y decidida a separarse para siempre del hombre que había cautivado por completo su corazón, le escribió una carta, despidiéndose, que decía :

« Voy a partir y mi último deseo es que sea usted todo lo feliz posible, al lado de quien supo cautivar su corazón.

Sinceramente le recordará su amiga,
CARMELITA. »

Llamó a Slat y le dijo :

— Tengo que marchar en el tren del mediodía.

— Me alegro mucho de ello — contestó el muchacho, demostrando una vez más su aversión hacia las mujeres.

— Toma esta carta y entrégasela al señor Henderson.

Mientras tanto, Stelle llamó aparte a uno de sus hombres y le dijo :

— La resistencia de los Independientes tiene en jaque el « Trust » que capitanea Graham, cuya irritación contra Henderson es inmensa. Hay que acabar con él, sea como sea. Este asunto debemos llevarlo entre los dos. Espéralo en el callejón de salida, que yo lo mandaré ahora allí con cualquier pretexto.

En efecto, momentos después los dos hombres, Gordon y el enviado de Stelle luchaban a brazo partido entre las aclamaciones de Slat, que había acudido para entregarle la carta y que le animaba en la pelea diciéndole :

— ¡Muy bien, Henderson! ¡Duro con ese traidor!

Gordon demostraba una vez más que no tan sólo era un excelente saltarín y conductor, sino que además era un perfecto boxeador.

A pesar de la tenaz y fuerte resistencia de su adversario, no tardó mucho en deshacerse de él, pero Stelle había acudido también al lugar de la pelea y la emprendió a puñetazos con Gordon, que nuevamente tuvo que luchar hasta dejar a los dos hombres en tierra, sin conocimiento.

Cuando hubo terminado se le acercó Slat y le entregó la carta que le había dado Carmelita. En cuanto terminó de leerla exclamó Gordon :

— ¡Slats! ¡Debo marcharme, pero tú esperarás mis órdenes por si algo ocurriese! No desertes de tu puesto para nada.

Y ante el temor de perder para siempre a la mujer adorada, montó en una motocicleta y salió decidido a alcanzar el tren, donde viajaba Carmelita.

Después de una emocionante carrera, por atajos y veredas, consiguió alcanzar el cowboy e introducirse en el departamento de la joven, a quien le dijo :

— ¡Carmelita! ¿Por qué se marchó usted?

— ¡No podía más, Henderson! — contestó la simpática muchacha, no pudiendo ocultar por más tiempo el inmenso amor que sentía por él. — Además, yo no soy la que usted cree...

— ¡Pero si yo hablaba con mi madre! ¡Tontuela!... Yo tampoco me llamo Henderson, soy el hijo de Graham, el presidente del «Trust».

— ¿Usted el hijo de Graham? Su padre tiene las acciones mías de la Co. Yo soy la hija de Brent, pero cumplo mi mayor edad y paso al disfrute legal de todos los bienes de mi difunto padre.

— Carmelita. ¿No le parece que los Independientes llevan razón? — exclamó Gordon. — Hoy a las tres tiene lugar la reunión del «Trust». Si juntamos nuestras acciones tenemos mayoría y podemos acabar con esta contienda.

— Por mi parte estoy dispuesta — repuso ella. — La cuestión es llegar a tiempo.

* * *

Slats estaba descorazonado. Henderson había abandonado su puesto para perseguir a la fugitiva, y él, fiel a la consigna, no abandonó el suyo, hasta que recibió un telegrama que decía :

«Ves a la oficina del abogado Blaine. Dile que arregle los documentos de la herencia de Joshua Brent, de modo que su hija pueda votar por el total de las acciones en la reunión de hoy. Documentos deben estar listos para la firma en su despacho a las doce y media, a las tres hay reunión. No me hagas fracasar.

HENDERSON. »



V

Media hora antes de la reunión, en la que el padre de Graham esperaba que le serían conferidos plenos poderes para acabar con la resistencia de los Independientes, Carmelita, Slats y Gordon se encontraban en el despacho del abogado Blaine, esperando que dieran las tres, para poder entrar la joven en posesión de su herencia.

Para impedir que la reunión pudiera celebrarse se le ocurrió a Gordon una idea que no tardó en poner en práctica.

— Con el fin de ganar tiempo — le dijo a Carmelita — yo los entretendré hasta minutos después de las tres y con un coche vendré a buscarla.

Conociendo los hábitos de la mayoría de los accionistas del «Trust», sin vacilar, Graham optó por retardar la asistencia del director, Amos Pearson, quien después de su padre era el que tenía un número más crecido de acciones.



Media hora antes de la reunión

Dieron las tres y en el local del «Trust» se hallaban reunidos todos los accionistas, excepto Pearson, y Graham decía a sus compañeros :

— Muy bien, señores. Todos somos de la misma opinión, y aunque Pearson no esté presente puedo asegurar que votará con nosotros.

— Pero, ¿qué le habrá pasado a Pearson?, sin él no puede haber mayoría — exclamó uno de los presentes.

Lo ocurrido a Pearson tiene fácil expli-

cación. Gordon sabía que aquella hora era la destinada a bañarse y valiéndose de un auto de los Independientes, entró en las habitaciones particulares del director y le quitó todos los trajes.

Por esta razón queda explicado el por qué de su tardanza y por qué se presentó en el «Trust» en pijama, oculto bajo un gran abrigo.

Una vez que estuvo presente, Graham continuó animando a los socios, diciéndoles :

— Creo, señores, que hemos ganado la partida. Si persistimos en nuestra campaña de terror, los Independientes sucumbirán ante nuestras fuerzas. Pido, pues, un voto de favor a mi gestión al frente del «Trust».

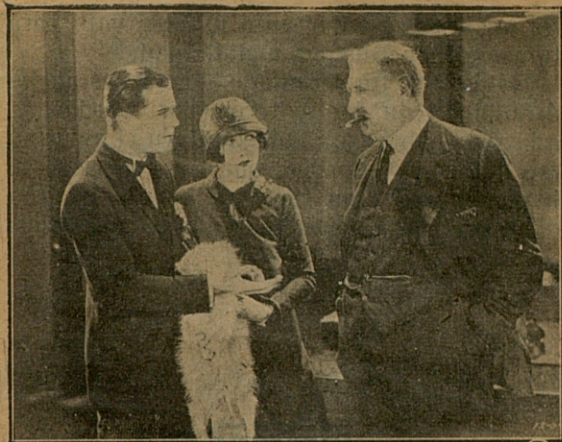
— ¿Se entiende con eso que lo que usted solicita es el voto contra la propuesta combinación con los Independientes? — preguntó Pearson.

— Esto es — repuso Graham.

En aquel momento entró Gordon, seguido de Carmelita y de Slats e interrumpieron la sesión diciendo :

— ¿Se ha puesto a votación algún asunto trascendental? En todo caso reclamo su anulación. La señorita Brent, aquí presente, cumple hoy su mayor edad y entra por tanto en posesión de las acciones de su difunto padre. Conforme con los papeles que tiene en regla, pide tener voz y voto en esta reunión.

— Hijo mío — exclamó Graham, seguro



No sirves para redentor

de que su hijo persistiría en su intención de favorecer a los Independientes. — No sirves ni para redentor. La señorita sólo representa el 49 por 100 de las acciones del «Trust». Por lo tanto nosotros tenemos aún mayoría.

— Padre mío. ¿No se acuerda de las dos acciones que transfirió a mi nombre cuando me marché de casa para ganarme la vida?

Y luego dirigiéndose a los demás continuó :

— Señores. La señorita Brent y yo reunimos mayoría absoluta y por lo tanto votamos por el cese de las hostilidades, llegando a un acuerdo con los Independientes. Sólo

les rogamos se adhieran a nuestro voto para tomar el acuerdo por unanimidad.

Había por fin triunfado una causa justa, defendida con tanto tesón por Gordon y, a la vez, había triunfado también el amor en dos corazones jóvenes, que sin conocerse se habían amado, sin tener en cuenta la gran diferencia social que aparentaba separarlos.



ÁLBUM FILM

Se ha puesto a la venta este
elegante tomo que contiene

**200 retratos de artistas
— y 200 biografías —**

Resulta un libro de gran
interés para los aficionados
al cinematógrafo

Preciosas cubiertas en tricromía

PRECIO: 3 PTAS.

ALBUM FILM

Se ha puesto a la venta este
elegante tomo que contiene

200 retratos de artistas
— y 200 biografías —

Resulta un libro de gran
interés para los aficionados
al cinematográfico

Preciosas cubiertas en terciopelo

PRECIO 3 PTAS.

BIBLIOTECA TRÉBOL

LA COLECCIÓN CINEMATOGRAFICA MÁS INTERESANTE
Y MÁS BARATA : DE VENTA EN TODOS LOS KIOSCOS

TÍTULOS DE LOS CUADERNOS PUBLICADOS

1. El último varón sobre la tierra, por E. Foxe.
2. El poder del que es honrado, por W. Desmond.
3. Vivir de milagro, por Bebe Daniels.
4. Hombres en bruto, por Jack Hoxie.
5. El tributo del mar, por Anna May Wong.
6. Enamorada del amor, por M. de la Motte.
7. La dama pintada, por G. O'Brien y D. Macaill.
8. La marca de la vanidad, por Billie Dove.
9. Con la espada al cinto, por Martha Masfield.
10. Las hijas de la noche, por Orville Caldwell.
11. El Terco, por Tom Mix y Doris May.
12. Nuestras esposas, por Dorothy Phillips.
13. Idilio accidentado, por Wanda Hawley.
14. Por llevar la contraria, por Charles Jones.
15. Wing Toy, por Shirley Mason.
16. El rey del lazo, por Charles Jones.
17. Casado de paso, por Edmund Lowe.
18. El Temerario, por Reed Howes.
19. Por otra mujer, por Kenneth Harlan.
20. El exprés de media noche, por W. Haines.
21. El novio de Ultramar, por Shirley Mason.
22. ¡Adelante, Malacará!, por Tom Mix.
23. El niño prodigio, por Charles Ray.
24. Como aquella mujer, por Ricardo Cortez.
25. Cambio de identidad, por Jack Hoxie.
26. Maciste y su sobrino, por B. Pagano.
27. Por la senda del bien, por Cayena.
28. Creando un hogar, por Alice Joyce.
29. Oro y plomo, por Charles Jones.
30. Entre dos amores, por Hoot Gibson.
31. Al borde del desierto, por Charles Jones.
32. De vaquero a millonario, por Hoot Gibson.
33. Leal, por Tom Mix.
34. Las culpas de una desposada, por Mildred June.
35. Bandidero por sport, por Tom Mix.
36. Los siete pecados capitales, por Margaret Livingston.
37. El vaquero y la condesa, por Charles Jones.
38. El deber contra el vicio, por Tom Mix.
39. Lobo de monte, por Charles Jones.
40. Ricardito enamorado, por Ricardito Talmadge.
41. El relámpago de Calgary, por Hoot Gibson.
42. Rectitud y valor, por Charles Jones.
43. La mariposa dorada, por Alma Rubens.
44. El traje de etiqueta, por Reginald Denny.
45. El caballero de Arizona, por Hoot Gibson.
46. La luz del cariño, por Tom Mix.
47. Juramento de soldado, por Charles Jones.
48. El toro bravo, por Fred Thompson.

PRECIO: 25 CENTIMOS